

Dejad que florezcan mil DIN-A4

Fernando Valderrama es arquitecto, arquitecto técnico, MBA por el IESE, director de Soft y colaborador habitual de la Universidad Europea de Madrid.

¿Hay vida antes, durante y después del proyecto?

Los arquitectos aprendemos tradicionalmente a hacer planos.

Sólo nos gusta trabajar en los planos, pensamos que sólo nos pagan por los planos, estamos convencidos de que para construir el proyecto basta con unos buenos planos.

En las asignaturas de Proyectos sólo se piden planos. Como no se entregan pliegos de condiciones, mediciones ni presupuestos, y las memorias se limitan a justificar, si acaso, algunas decisiones formales, tendrían que llamarse asignaturas de Planos, impartidas por profesores de Planos, adscritos a Departamentos de Planos.

Sin embargo, si aceptamos aunque sea como referencia aproximada el desglose de tarifas de honorarios por componentes del proyecto que propuso en su día el Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid, resulta que más del cincuenta por ciento de los honorarios se perciben a cuenta de los documentos escritos, es decir, que cobramos más por los DIN-A4 que por los DIN-A1.



Reparto de honorarios de un proyecto de ejecución

Esta conclusión es natural, puesto que esta es la parte del proyecto que más ha crecido. Antes de la llegada de la modernidad al proyecto de arquitectura, que podría fijarse en el inicio de la publicación de las Normas Tecnológicas de la Edificación, a mediados de los setenta, un proyecto podía tener 50 DIN-A1 y 100 DIN-A4. Hoy, tras una intensa etapa de novedades de normativa, el número de planos de ese mismo proyecto se ha doblado o triplicado, pero el número de páginas escritas seguramente se ha multiplicado por más de diez.

Se produce así la primera paradoja:

El mito del arquitecto dibujante

Los honorarios de una tarea son inversamente proporcionales al tamaño del papel en el que se desarrolla.

Si a las tarifas de honorarios del proyecto de ejecución y de su dirección de obra añadimos la enorme lista de trabajos que puede realizar el arquitecto en relación con ese proyecto, desde la documentación de seguridad y salud hasta el análisis de viabilidad o el asesoramiento en la selección de la empresa constructora, el porcentaje de honorarios de la parte escrita se dispara.

Además, la informática para arquitectura ha facilitado el desarrollo de los componentes gráficos, en comparación con el antiguo trabajo manual, en mayor medida que la mejora digital de los componentes escritos. Siempre ha habido máquinas de escribir relativamente eficientes, pero algunos de nuestros compañeros han pasado por el tiralíneas y muchísimos han desatascado su Rotring. Sin embargo, puede observarse que las tareas de tipo gráfico que necesitan un mayor apoyo informático, como el levantamiento o el modelado digital, están peor remuneradas que las que sólo requieren una hoja de cálculo o un tratamiento de textos, y no digamos las que se basan en un simple programa de proyectar transparencias.

Deduciéndose así la segunda paradoja:

El mito del arquitecto digital

Los honorarios de una tarea son inversamente proporcionales al precio del programa que se necesita para desarrollarla.

Los planos son importantes, sin duda, pero tan pronto como un arquitecto dirige su primera obra, ya que raramente lo habrá aprendido en la Escuela, comprueba que los planos sólo sirven para indicar dónde se colocan los elementos que figuran en el presupuesto. Sean cuales sean las salvaguardias del pliego de condiciones y de la legislación, y excepto en contratos muy cerrados de proyecto y obra, si algo figura en los planos, pero no en el presupuesto, no se construirá sin generar un conflicto.

Y el proyecto no lo es todo. Quienes tienen experiencia a lo largo del ciclo completo de la obra, desde la idea inicial a la puesta en operación del edificio, saben también que hay un importante conjunto de tareas que se realizan antes, durante y después del proyecto, imprescindibles para que el edificio llegue a ser una realidad, y que los arquitectos tienden a ignorar o despreciar.

Antes, durante y después del proyecto

La buena noticia es que los arquitectos están perfectamente preparados para llevar a cabo estas tareas con éxito, si decidieran hacerlo. La formación de las Escuelas es extraordinariamente adecuada para ello, ya que combina una solvencia técnica razonable con una buena base para entender el comportamiento y las necesidades no mecanicistas de las personas. Es fácil comprobar que cuando una tipología funcional compleja puede ser proyectada tanto por arquitectos como por otros profesionales, como ocurre con los aeropuertos, la opinión de los usuarios suele ser mucho más positiva con los desarrollados por los primeros, y no sólo por sus características visuales o plásticas, que muchas personas probablemente no valoran, sino porque satisfacen mejor las diferentes necesidades humanas.



Ahora bien, esta capacidad duramente alcanzada, que incluye las más preciadas competencias transversales, como trabajar en equipo de forma natural, liderazgo, excelente expresión verbal y escrita, intereses amplios, curiosidad por todo, iniciativa, motivación, autonomía y habilidad para imaginar lo que todavía no existe, se echa a perder única y exclusivamente por una razón: al estudiante se le convence, simultáneamente, de que sólo ejerciendo la sagrada labor del proyecto -es decir, del dibujo de planos- se ejerce la arquitectura en forma plena, y que todo lo demás es el último refugio de un fracasado.

Cualquier arquitecto que haya realizado su vida profesional en un campo ajeno a esta concretísima ocupación habrá oído mil veces la pregunta: "ya, pero ¿no has construido nada?" -donde "construido" podría sustituirse por "proyectado"-. Aunque haya tenido el mayor de los éxitos profesionales, tanto si ha creado una ONG como si ha fundado un emporio industrial, tendrá que justificarse por no haberse dedicado también a modificar y alterar la superficie terrestre, a la vista de las necesidades humanas.

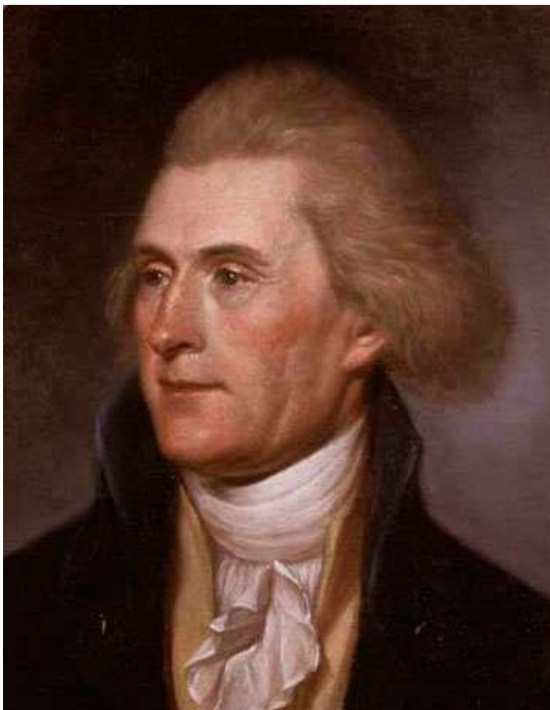
No debería ser necesario recordar que la dignidad de las personas, su éxito personal y profesional, su calidad moral, su aportación a la sociedad, no guarda relación alguna con el campo concreto en el que trabaja ocho horas al día, mientras esté dentro del marco de la legalidad y no se lastimen animales. Sólo es relevante la manera en que ese trabajo se ejerce. La estricta correspondencia biunívoca entre carrera y profesión es un residuo del siglo XIX, cuando se definieron las carreras más adecuadas a los perfiles y ocupaciones de la época, y ya no es válida en el siglo XXI, donde todas las tareas interesantes, útiles para la sociedad y bien remuneradas, son combinaciones de las antiguas tareas puras con otras nuevas, y ninguna se estudia directamente como tal.

Y aquí aparece la tercera paradoja:

El mito del arquitecto arquitecto:

Los honorarios de una tarea son inversamente proporcionales a su relación con el contenido estricto de la titulación.

El lector puede entretenerse con el ejercicio de buscar personas que han destacado por su contribución a la sociedad y buscar sus titulaciones de origen. Encontrará muy poca relación entre Jordi Pujol (o Gaspar Llamazares, si lo prefieren) y la medicina, ¿han fracasado por eso? Los directivos de las empresas químicas, aeronáuticas o de comunicaciones no suelen ser químicos, ingenieros aeronáuticos o telecos. Los políticos no han estudiado Ciencias Políticas. Sin embargo, ¿por qué hay tan pocos arquitectos entre los políticos? ¿Por qué en la dirección de las empresas de la construcción hay ingenieros de casi cualquier cosa y arquitectos técnicos, pero hay tan pocos arquitectos?



Jefferson: ¿El último arquitecto y político? (Foto Charles Willson Peale/Wikimedia Commons)

Los arquitectos reciben la formación más amplia de la Universidad española, al mismo tiempo que se les convence de que no la pongan en práctica. Por eso es una carrera tan atractiva y al mismo tiempo una profesión tan frustrante.

En realidad, muchísimos arquitectos serían capaces de realizar un trabajo excelente y muy demandado por la sociedad, individualmente, dentro de una empresa o en cualquier ocupación alejada del ejercicio estricto del proyecto, si fueran capaces de extirparse la reserva mental que se les instaló desde la Escuela, sin perder sus competencias transversales y sus conocimientos. Esta

combinación es perfecta para el mundo actual, ya que el entorno de continuos cambios requiere personas flexibles, capaces de aprender cada día, y no ese tipo de titulados recientes, seguramente muy capaces pero cortos de vista, que se quejan en los periódicos de que no encuentran trabajo "de lo suyo".

Además, permitiría encontrar trabajo a cientos de arquitectos, que dejarían de hacer proyectos, quedando así disponibles para los que realmente no quieren, no saben o no desean hacer otra cosa.